

TRANSICION AL SOCIALISMO, SOCIALISMO, COMUNISMO: LO BÁSICO.

José C. Valenzuela Feijóo.¹

“El hombre, al convertirse en dueño y señor de sus propias relaciones sociales, se convierte por primera vez en señor consciente y efectivo de la naturaleza (...). Es el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad.”

F. Engels.

“Cuanto más atrasado es el país que, en virtud de los zigzags de la historia, ha tenido que comenzar la revolución socialista, más difícil le resulta pasar de las viejas relaciones capitalista a las relaciones socialistas. Aquí, a las tareas destructivas se añaden otras nuevas, de inaudita dificultad: las tareas de organización.”

V. I. Lenin.

I.- El método a seguir.

Permítasenos tres consideraciones previas. Primero: la actual crisis del capitalismo es de orden estructural y si la humanidad no desea ahogarse en un muy peligroso pantano, conviene empezar a discutir y preparar los modos de superación del sistema. Segundo: el tema es complejo y en la actualidad sobre él imperan la ignorancia y los prejuicios más extremos. Lo que pudiera exigir un examen muy cuidadoso, largo y detallado. Pero aquí nos limitaremos a una presentación muy corta, estrictamente introductoria. Tercero: en la exposición seguiremos un método de exposición que pudiera parecer inusual y que, por lo mismo, conviene explicitar: avanzaremos desde el final hasta el inicio del movimiento, de la meta al punto de partida. La noción básica a manejar es que estamos ante un proceso que debe funcionar con un muy alto grado de conciencia y si este requisito no se satisface, su coronación será prácticamente imposible.

Recordemos lo que señalaba Marx sobre el proceso de trabajo: “la construcción de los panales de las abejas, podría avergonzar, por su perfección, a más de un maestro de obras. Pero, hay algo más en que el peor maestro de obras aventaja, desde luego, a la mejor abeja, y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro. Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya *en la mente* del obrero, es decir, un resultado que tenía ya existencia *ideal*. El obrero no se limita a hacer cambiar de forma la materia que le brinda la naturaleza, sino que, al mismo tiempo, *realiza en ella su fin*, fin que él *sabe* que rige como una ley las modalidades de su actuación y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad.”² Tenemos aquí: i) una materia prima u objeto de trabajo; ii) una modificación que se desea lograr en tal objeto. Transformación que inicialmente funciona como *ideal regulador* del proceso y que, a la vez, debe ser *objetivamente posible*: un deseo sí, pero materialmente factible; iii) tal factibilidad tiene lugar a partir de *respetar las leyes objetivas de la materia* y no por medio

¹ Departamento de Economía, UAM-I, México.

² C. Marx, “El Capital”, Tomo I, pág. 130-1. FCE, México, 1974.

de caprichos o puro voluntarismo; iv) la secuencia del proceso (conjunto de trabajos concretos parciales) debe también estar sometida a una lógica temporal de contenidos, estricta.

Pues bien, la hipótesis a manejar es que, en la construcción del comunismo, se debe aplicar un método más o menos análogo. Por cierto, no es lo mismo un proceso de producción material que un proceso de desarrollo y construcción de nuevos órdenes sociales. El control de todas las variables en juego que se suele tener en el plano industrial, es imposible en el orden social. Más aún, hay datos que se desconocen y hay reacciones que aparte de difíciles de pronosticar con exactitud, simplemente no se pueden controlar. Todo esto es bastante obvio, pero ello no anula el punto crucial: a la sociedad superior no se arriba por algún sedicente mecanismo automático sino por medio de un proceso, largo y conflictivo, en que la conciencia de los fines debe ser el faro y la brújula que ilumina y orienta la ruta a seguir.³ Esto es cierto cuando el problema del salto se plantea en la más desarrollada y madura (“madura” en el sentido que los ingredientes o bases materiales del nuevo orden están altamente desarrolladas) de las sociedades capitalistas. Y con mucha mayor fuerza lo es cuando el proceso emerge antes, en condiciones de atraso y de subdesarrollo. Aquí, surge hasta una duda mayor: en ausencia de la materia prima adecuada (alto desarrollo del capitalismo): ¿puede aspirarse a lograr el “producto” buscado que es el comunismo? Además, el camino es tan largo que perfectamente se puede olvidar el puerto de destino y enmendarse la ruta. También, porque la probabilidad de naufragio se eleva en alto grado: no sólo por el mayor largo del recorrido. También y sobre todo, por la tremenda fragilidad de la embarcación a utilizar.

En suma, la transición al comunismo (y a cada una de sus fases previas) exige: i) como mínimo, una muy gruesa visión telescópica de lo que se propone como meta o punto de llegada; ii) una mínima claridad sobre los pasos más gruesos a seguir, sus rasgos y la secuencia temporal con que deben ser ejecutados; iii) también, evitar la pedantería del profesor que en la pizarra dibuja la ruta milimétrica de la cual está prohibido apartarse un pelillo. En el proceso siempre brotarán situaciones nuevas, inesperadas, dramáticas. Y aquí, sólo la imaginación, la flexibilidad y gran capacidad creadora, masivamente aplicadas, pueden salvar al proceso.⁴ Valga también agregar: la pura conciencia, por clarividente que pudiera ser, no asegura el éxito del proceso. Este, para nada es irreversible. Pero la falta de conciencia (de teoría, de clarividencia política masiva), sí asegura el fracaso del propósito.

Dicho lo anterior, podemos avanzar a lo que más nos preocupa: discutir la transición. En nuestro caso, se trata de una “transición al socialismo”. Pero el socialismo, a su vez, es un “período de transición” a una fase no socialista: la del comunismo complejo. Por lo mismo, para situar mínimamente la discusión, empezamos haciendo una mención al contenido de tales estadios superiores.

³ Siempre se ha señalado que la emergencia del socialismo, al revés de lo que sucedió con el capitalismo, debe empezar por lo político. En palabras de Lukacs, “*el capitalismo se desarrolló ya como orden económico dentro del feudalismo y descomponiendo a éste*. Mientras que sería una utopía fantástica imaginarse que dentro del capitalismo puede nacer con orientación socialista algo más que *los presupuestos económicos objetivos de su posibilidad*- los cuales, por lo demás, no pueden transformarse en elementos reales del modo de producción socialista más que tras la caída del capitalismo y a consecuencia de ella – y, por otra parte, el desarrollo del proletariado como clase.” El mismo Lukacs agrega que “el socialismo sólo puede realizarse como *transformación consciente de toda la sociedad*.” Ver Rosa Luxemburgo y G. Lukacs, “Sobre la revolución rusa”, págs. 62-63. Grijalbo, México, 1980.

⁴ Flexibilidad en lo táctico y terquedad en lo estratégico. Es decir, en los principios.

II.- Estadios superiores: la fase comunista como estación terminal. Rasgos fundamentales.

Tratándose de una formación social que sólo podemos imaginar en sus trazos más gruesos, es necesario trabajar a un alto nivel de abstracción. Es decir, nos debemos limitar a enumerar un relativamente corto número de propiedades. Estas, subrayemos, no brotan de una fantasía desbordada sino de las tendencias firmes que se pueden identificar en las fases previas, tendencias que deberían desembocar en rasgos como los que pasamos a enumerar.

1) Las actividades de producción, distribución, cambio y consumo quedan completamente sometidas a un plan económico democráticamente centralizado. Y como es con cargo a este plan global que se coordinan las actividades económicas, la institución mercado desaparece y, con ella, todas las formas económicas que la acompañan: dinero, precios, salarios, etc.

2) En el espacio de la producción impera el principio “de cada cual de acuerdo a sus capacidades” (que serán muy altas). Lo cual también significa que el trabajo se transforma en una actividad gratificante y enriquecedora del cuerpo y del espíritu.

3) En el espacio de la distribución y del consumo, impera el principio “a cada cual, de acuerdo a sus necesidades”. Algo que algunos imaginan como un mundo de cornucopias y festines pantagruélicos sin fin. Pero no hay tal pues la abundancia y alta productividad implícita en el principio irán de la mano con hombres diferentes a los actuales, que no consumen con desesperación sino con el simple afán de estar en buen estado, físico y moral. Digamos una lonja de carne de 200 gramos, una copa de vino más ensaladas y frutas y no la vaca entera y los veinte litros de vino que algunos imaginan conforme a lo que en nuestro mundo se suele ver.

4) Desaparecerán los sectores improductivos y todas las personas (en edad de hacerlo) trabajarán y lo harán en calidad de trabajadores productivos. En virtud de la muy alta productividad, la jornada de trabajo será considerablemente más corta y dejará amplio espacio para actividades recreativas y culturales.

5) Las clases sociales desaparecerán por completo. Por supuesto, existirán muchos grupos sociales, altamente diversificados. Pero sus relaciones serán de solidaridad y apoyo mutuo, no de explotación y dominio.

6) Al desaparecer las clases sociales, también desaparecerá el Estado, como institución política que administra y usa la fuerza para preservar el orden vigente. No habiendo relaciones de explotación, “el palo saldrá sobrando”, será superfluo. Por cierto, habrá amplia discusión sobre la gestión de los asuntos comunes y sobre la línea de desarrollo a seguir en el futuro, pero las asambleas del caso ya no funcionarán como aparato estatal.

7) Un sistema como el descrito sólo puede funcionar si a escala internacional se da un proceso análogo. Es decir, sólo puede llegar a funcionar con plenitud si en el grueso de la población mundial, de sus partes más avanzadas, se da un proceso de convergencia. En otras palabras, está en su misma esencia el proyectarse como una realidad global.

Una descripción tal pudiera catalogarse como idílica y del todo imposible. Pero hay tendencias soterradas objetivas que apuntan en tal sentido, al menos como aproximación. Es cosa de aguzar el oído y de tener una vista o imaginación controlada que supere lo hoy

dado, para percibir que estamos en presencia de una posibilidad real.⁵ Ciertamente, con el derrumbe de las primeras tentativas socialistas y el dominio neoliberal, la sociedad ha perdido su capacidad para imaginar mundos distintos y trascender lo dado, al punto de escucharse voces que han hablado del fin de la historia. Como que hasta la transición del capitalismo neoliberal a otro tipo de capitalismo, se ha llegado a creer imposible. En la historia de la humanidad, estos estados de ánimo no son infrecuentes: suelen irrumpir luego de grandes derrotas sufridas por las fuerzas sociales progresistas. Por ejemplo, cuando en la Alemania de Lutero, la reacción feudal (al final, hasta secundada por un Lutero vacilante y traidor a su causa primigenia) destroza a campesinos y burgueses en rebeldía. Algo más o menos análogo sucedió, en casi toda Europa, luego de la derrota de La Comuna de París. Como sea, más tarde o más temprano, la fuerza de la negación se impone.

La sociedad comunista, al revés de lo que creen algunos buenos samaritanos, tendrá sus propias contradicciones. De seguro, sobre el entorno natural se discutirá cómo preservarlo y mejorarlo: evitar su colapso. Se podrá discutir sobre el uso del tiempo libre, de las relaciones personales (parejas, hijos, etc.), del seguro alargamiento de la vida biológica de los humanos. Y muy probablemente, surgirá el problema de la relación con otros seres vivos que emergerán en el vasto universo.

III.- Estadios superiores: la fase socialista y sus rasgos básicos.

Se trata, repitamos de una fase de transición: “teóricamente, no cabe duda de que entre el capitalismo y el comunismo existe cierto período de transición. Este período no puede dejar de reunir los rasgos o las propiedades de ambas formaciones de la economía social, no puede dejar de ser un período de lucha entre el capitalismo agonizante y el comunismo naciente o, dicho con otras palabras, entre el capitalismo vencido, pero no aniquilado, y el comunismo ya nacido, pero muy débil aún.”⁶ Se trata en suma, de la contraposición entre dos estructuras sociales (económicas, políticas, culturales) que entre sí son incompatibles, que chocan y no se pueden acomodar armónicamente, que son incongruentes. Esta contradicción se traduce y subjetiva en el conflicto de clases, entre capitalistas (que luchan, en las nuevas condiciones, por recuperar el poder perdido) y los trabajadores, que luchan por imponer su dominio clasista en lo político y lo económico, en el desarrollo de nuevas formas de organización social capaces de satisfacer sus metas de liberación social.

En esta lucha, el control del poder estatal es condición *sine qua-none* para la misma existencia del período de transición. Como apuntaba Marx, “entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*”.⁷ También se ha dicho que “la dictadura del proletariado es una necesidad absoluta durante la transición del capitalismo al socialismo”.⁸ En esta primacía inicial de lo político se encierra también una de las peculiaridades básicas del período de transición: éste no puede iniciarse sin el control obrero del aparato estatal, sin un Estado obrero. Y se acaba, malamente, si los

⁵ Sobre este punto, ver J. Valenzuela Feijóo, “Economías de mercado: estructura y dinámica”, Libro II, Parte tercera. LOM edic., Santiago de Chile, 2014.

⁶ V. I. Lenin, O.E., Tomo 3, pág. 289. Edit. Progreso, Moscú, 1974.

⁷ C. Marx, “Crítica del Programa de Gotha”, en Marx-Engels, Obras escogidas, Tomo 3, pág. 23. Progreso, Moscú, 1974.

⁸ V.I. Lenin, O.E., Tomo 2, pág. 710. Edición citada.

trabajadores pierden el poder del Estado, algo que ha sucedido en casi todas las experiencias históricas conocidas: la Unión Soviética, Europa Oriental, China, etc.. Asimismo, tenemos que es desde la política –desde el Estado- que se pasa a impulsar la transformación de la estructura económica. En que la transformación de lo económica empuja y fortalece la transformación de lo político y vice-versa. En suma, tenemos dos dimensiones básicas e inter-actuales que debe satisfacer el proceso: a) control y dirección obrera de la institución estatal; b) control y dirección obrera de los procesos de producción y distribución. En ambos casos, en a) y en b) se debe proceder a una restructuración drástica del entramado institucional previo, el que deja el aparato estatal burgués y el que deja la organización de la fábrica capitalista.

En este marco, podemos empezar a enumerar los rasgos básicos de la fase socialista.

1) En este estadio la mayor parte de las empresas son, por ley (i.e. en el plano jurídico) de propiedad estatal y generan el grueso del PIB generado por la economía. La excepción suele ser la situación en el agro, donde pueden seguir funcionando unidades económicas campesinas (pequeños productores mercantiles), a veces agrupados en cooperativas agrarias.

2) Las grandes empresas estatales son dirigidas por trabajadores, la dirección tiende a ser rotativa y estrictamente controlada por la asamblea o consejo obrero. Es decir, la propiedad efectiva (entendida como “poder patrimonial”) debe estar en manos de los trabajadores. En estas empresas se busca romper el esquema de división del trabajo que tipifica a la empresa capitalista: no se trata de que ahora el puesto de gerente quede en manos de un obrero. Si así fueran las cosas, fatalmente ese obrero empezaría a actuar como el cargo lo prescribe, como capitalista. De inicio, hay que empezar a rotar desde las tareas de dirección a las más tediosas de simple ejecución y vice-versa: que nadie se acostumbre al rol de subordinado o al de director. Y también empezar a romper con esa pauta de la división capitalista del trabajo en que unos (de la total confianza del capital) monopolizan las funciones de creación, diseño y dirección mientras los otros se limitan a ejecutar trabajos parciales, monótonos y embrutecedores. Todo lo cual no es materia de voluntades sino de la creación de una argamasa institucional (red de posiciones y roles) que determine conductas efectivamente cercanas o iguales a las que el nuevo orden pretende desplegar. En otras palabras, el “nuevo hombre” no va a brotar a partir de la pura subjetividad sino siguiendo el camino inverso: de la nueva y *objetiva red de relaciones sociales* a desarrollar, a su *internalización* y transformación en una nueva subjetividad.

3) Las grandes empresas, que generan el grueso del excedente y están localizadas en los sectores estratégicos de la economía, se coordinan entre sí por medio del Plan Económico Nacional. Siendo este Plan, la expresión de la voluntad de *la clase* trabajadora, tomada en su conjunto.⁹ Lo cual también significa que el poder patrimonial (o propiedad) de la clase sobre los medios de producción se expresa de manera dual: como ejercicio parcial de parte de la clase (la que opera en la fábrica tal o cual) de un poder patrimonial sobre la parte de los medios de producción localizados en la fábrica y como ejercicio total de la clase en su conjunto sobre el total de los recursos productivos sujetos a control. En

⁹ Como apuntara Dobb, “una economía socialista (...) debe ser necesariamente planificada; dado que si la producción es propiedad de la sociedad y explotada en conjunto por ésta, debe estar coordinada y gobernada por algún organismo que represente a la sociedad globalmente considerada, de otro modo carecerá esta producción de todo sistema de coordinación económica.” Cf. Maurice Dobb, “El nuevo socialismo”, pág. 10. Oikos-Tau, Barcelona, 1973. Sólo valga una corrección: el organismo planificador no representa a la sociedad global sino, solamente, a los trabajadores.

otras palabras, el Producto Excedente es apropiado colectivamente por los trabajadores. Es decir, es la clase en cuanto tal, la que decide qué usos darle a tal porción del producto. Y no olvidemos: las decisiones sobre el modo de utilizar el excedente son las que, al final de cuentas, pasan a decidir el curso que seguirá el conjunto de la economía y de toda la formación económico-social.

4) El Plan no alcanza a controlar con eficacia diversas partes de la economía nacional. Por ello, parte de la coordinación económica que exige la economía, debe quedar en manos del mercado, del principio o ley del valor. En otras palabras, todavía existen relaciones mercantiles y las formas económicas que son propias de una economía de mercado: dinero, precios, salarios, mercados, etc.¹⁰ Los factores que impiden abandonar la forma mercantil tienen que ver con las relaciones con el sector agrario, con la marginalidad urbana (especialmente importante en la América Latina de hoy) y con las relaciones económicas externas, con el mercado mundial aún dominado por el capitalismo.

5) El principio de distribución que se aplica es el de “a cada cual según lo que trabaja.” O sea, se paga el valor de la fuerza de trabajo, lo que equivale a aplicar un principio jurídico básico del orden burgués.¹¹ Además, dado lo apuntado en (4), la *forma salario* es el mecanismo con cargo al cual los trabajadores acceden al Producto Necesario. En otras palabras, el nivel de vida de los trabajadores aparece como dependiente del dinero que son capaces de obtener. Factor éste –el papel del dinero- que puede ayudar bastante a la reproducción del *fetichismo* inherente a la *forma dinero*.

6) En esta fase, al menos en su parte históricamente más elevada, la productividad del trabajo debe ser lo suficientemente alta como para ser equivalente o superior a lo alcanzado por los países capitalistas más avanzados. Lo que juntamente con servir como base para un nivel de vida material superior, debe también posibilitar un estilo de vida diferente al burgués, más humano, más enriquecedor y, por lo mismo, ajeno a la lógica de un Babbitt y a las miserias morales del mundo moderno.

7) En esta fase el Estado sigue jugando un papel fundamental. Pero al revés del Estado capitalista, ahora es un Estado que representa el interés de la clase obrera. Por lo mismo, aplica la violencia - “legítima” según señalaba Weber- contra la burguesía (la minoría) y a favor de la clase trabajadora (la mayoría). Asimismo, este Estado, para cumplir adecuadamente sus funciones, debe estar estructurado en términos muy diferentes a los del Estado burgués. En este Estado, su funcionamiento se organiza en términos formalmente burocráticos –las órdenes de mando bajan desde arriba hacia abajo- mientras que en el nuevo Estado, el que ejerce la dictadura del proletariado, las órdenes deben circular en sentido inverso, desde abajo hacia arriba, y por ello se habla del famoso “obedecer mandando” y de la necesaria *revocabilidad* de los representantes obreros en el poder. A veces se piensa que el control obrero se aplica sólo a los centros de producción y distribución. Pero éste debe ir más allá de la economía y funcionar también en lo político, especialmente en el control del aparato estatal. Como apuntara Lenin, también debe aplicarse “el control obrero del Estado obrero”.¹²

¹⁰ Una discusión genérica del problema en W. Brus, “Economía y política en el socialismo”, cap. 2, Amorrortu editores, B. Aires, 1974.

¹¹ La presencia del a veces denominado “salario colectivo” (vg. servicios de salud, educación y transportes gratuitos, bonos culturales y deportivos, etc.) representa una interferencia importante en este principio.

¹² V. I. Lenin, “Acerca del aparato estatal soviético” (recopilación de escritos), pág. 59. Editorial Progreso, Moscú, 1980.

Para que tales propósitos se materialicen, se deben aplicar algunas reglas básicas. Uno: *elegibilidad* de los representantes, los cuales deben ser no sólo deliberativos sino a la vez, ejecutores. Se unifican las tareas de legislación y ejecución lo que manda al traste el estilo de los parlamentos tradicionales. Este imprescindible desahucio de la cloaca parlamentaria, a veces se interpreta como autoritarismo y desapego a la voluntad de las bases. Pero no hay tal: “las instituciones representativas continúan, pero desaparece el parlamentarismo como sistema especial, como división del trabajo legislativo y ejecutivo, como situación privilegiada para los diputados. Sin instituciones representativas no puede concebirse la democracia, ni aún la democracia proletaria; sin parlamentarismo, sí puede y debe concebirse.”¹³ En breve, son las bases las que eligen y mandan.

Dos: *revocabilidad*, en cualquier momento de su mandato, de los representantes que se han elegido y que las bases consideran no han hecho bien la tarea.

Tres: los representantes-dirigentes deben operar con un salario a lo más semejante al que reciben los obreros calificados. Nunca más. Considerando tanto los salarios monetarios como otras modalidades de pago: casa, automóvil, personal de servicio, etc.

Cuatro: ningún dirigente debe eternizarse en su cargo. Y mientras dura su gestión todo dirigente debe obligatoriamente participar de algún trabajo productivo durante algún período del año. Se puede aceptar la reelección, pero con limitaciones. Y cuando terminan sus tareas como dirigente se debe reincorporar obligadamente al trabajo productivo. A la vez, los de abajo deben participar al menos durante un lapso del año en las tareas de dirección: empezar a familiarizarse con ellas, perderles el miedo y romper el manto de sacralismo con que a veces se rodean.

Las nociones o principios básicos a manejar serían: a) todos deben ser considerados como dirigentes en potencia; b) ningún dirigente es imprescindible

IV.- La transición a la transición.

En términos muy gruesos se podría sostener que en los países capitalistas más desarrollados (Estados Unidos, Europa Occidental, Japón), de darse un proceso revolucionario exitoso, la fase socialista empezaría de inmediato. Además, como alguna vez observara Lenin, el desarrollo hacia adelante aquí sería relativamente sencillo. Estando la dificultad mayor en el momento previo, el de la revolución. Pero si la revolución tiene lugar en países subdesarrollados y dependientes, una fase previa –de “transición al socialismo”- resulta inevitable. En estos países, la toma del poder pudiera no ser tan complicada como en el primer mundo. Pero la construcción de la nueva sociedad se torna terriblemente compleja.

¿Por qué es necesaria la transición a la transición? Intentemos primero una muy taquigráfica respuesta. Primera y decisiva razón: se parte de una economía *estructuralmente heterogénea*, en que coexiste el sector capitalista dominante con formas (relaciones de propiedad) que no son capitalistas. Asimismo, al interior del propio polo capitalista, la heterogeneidad es muy alta entre segmentos muy modernos y avanzados y otros más tradicionales, de tamaño medio y pequeño y que suelen operar para el mercado interno.

Segundo: el avance histórico exige forjar un *amplio bloque progresista* en que se integren todas las clases y fracciones clasistas a las que el cambio puede beneficiar. Por consiguiente, el programa a enarbolar debe satisfacer el interés objetivo de cada uno de los sectores sociales integrantes del bloque. Algo que, como regla, supone que una parte

¹³ V. I. Lenin, “El Estado y la revolución”, en O.E., Tomo 2, pág. 127. Edición citada.

importante de las transformaciones a impulsar sean *tareas del tipo democrático-burgués*. Lo cual también significa que la estructura económica vigente en la transición implicará la *coexistencia de diversas formas de propiedad* (y de los consiguientes modos de producción).

Tercero: en correspondencia con las fuerzas integrantes del bloque popular y las tareas a impulsar, *el nuevo Estado debe ser “democrático-popular”*. La pregunta sobre la naturaleza y el contenido de este nuevo Estado, se responde en términos de: a) las clases y fracciones de clase que pasan a integrar el bloque de poder; b) la clase o fracción clasista que, al interior del bloque, pasa a jugar el papel de fuerza dirigente (o hegemónica); c) las clases y fracciones de clase que quedan fuera del bloque de poder y que, en consecuencia, sufren de la violencia estatal.

En cuanto al punto c), como regla el bloque “oprimido” se integra por los grandes terratenientes, el gran capital monopólico nacional (financiero e industrial) y el gran capital extranjero. Estos, son los enemigos a aislar y vencer. Pocos, pero muy poderosos.

En cuanto al punto a), tenemos a los campesinos, a las capas medias urbanas (pequeña burguesía independiente y asalariada), a fracciones de la burguesía (la nacional, la media y pequeña) y a la clase obrera.

En cuanto al punto b), el de la fuerza clasista hegemónica, como regla no hay más que dos alternativas: la burguesía (en su segmento progresista) y el proletariado (el de la gran industria). Obviamente, si se trata de una transición al socialismo, la hegemonía debe ejercerse por la clase trabajadora.

Sobre el papel de la pequeña burguesía.

En este marco hay un punto vital a discutir: ¿cuál es el papel que juega la pequeña burguesía en un proceso como el que nos preocupa? Para bien entender el problema, conviene distinguir el rol de la pequeña burguesía como fuerza social de su papel como proveedora de dirigentes políticos.

En cuanto al primer aspecto, su *papel como fuerza social*, su peso numérico es evidente y plantea problemas que de no resolverse bien, ponen en serio riesgo a la fuerza del bloque popular.¹⁴ En todo caso, como regla no es capaz de encabezar y desplegar ningún proyecto propio. En términos espontáneos, por su condición económica estructural, su afán de desarrollarse económicamente la lleva ineludiblemente a transformarse en capitalista.¹⁵ Un pequeño productor mercantil independiente que crece, deviene un pequeño o mediano capitalista. Y si se trata de pequeña burguesía asalariada, el “progreso” se busca por la vía del capitalismo estatal, al interior del cual este segmento trata de copar los puestos de dirección: “funcionarios en ascenso a cargos de dirección”. Otros, en especial el segmento más empobrecido, suele indignarse con el capital y, a la vez, se aterroriza ante su próxima conversión en clase obrera. De aquí su perpetua oscilación política.

Como *proveedora de dirigentes políticos y literarios*, la pequeña burguesía juega un papel relevante. A veces en favor de la burguesía, en otras a favor de la clase obrera, dependiendo el peso relativo de las preferencias de la correlación de fuerzas vigente en el

¹⁴ En las grandes ciudades latinoamericanas de hoy (2010) se observan vastísimas masas de una pequeña burguesía pauperizada y hasta lumpenizada (ambulantes y similares). Lo cual, plantea problemas específicos que exigen un examen aparte.

¹⁵ Algo que, de muy mal talante, ya fue advertido por el mismísimo Rousseau, el pequeño-burgués por excelencia. El que también propuso diversas medidas para impedir tal transformación. Ver J. Valenzuela Feijóo, “Mercado, socialismo y libertad. Economía y política en Rousseau”, LOM edits., Santiago de Chile, 2003.

período. Y del mismo período histórico en que se inserta la vida de tal o cual. En uno y otro caso, se da una asimilación clasista en que el origen y situación de clase original (obviamente pequeño-burguesa) da lugar a una *postura* clasista congruente con los intereses de la clase a la cual nuestro personaje se adscribe.

Con la burguesía la asimilación suele ser menos complicada: más allá de algunas eventuales pesadillas morales y de obvios factores inerciales, el acomodo con los de arriba siempre suele ser más cómodo que el acomodo con los de abajo: se gana en niveles de vida, en seguridad familiar, en “status” y “prestigio”. El desprecio y el ridículo al “parvenu” siempre estará presente por el lado de los patrones, pero al cabo de los años, la fidelidad paga. Por lo demás, no debemos olvidar que entre los representantes político-literarios de la clase y la clase misma no tiene que darse una relación de identidad estricta. Como advertía Marx, no hay que ser un pequeño comerciante para ser un literato pequeño burgués o un gran banquero para ser un político gran-burgués.

Con la clase obrera, la asimilación es más compleja y tortuosa. Para el pequeño burgués, llegar a cargos de dirección puede no ser extremadamente difícil, si hay voluntad, talento y congruencia moral. Con lo cual, se pudiera pensar que ya se maneja una postura clasista coherente. Pero esto suele ser más aparente que real. El cambio de piel, cuando se trata de un proceso de proletarización, es bastante complejo. Hay miles de aspectos y situaciones en los cuales el peso de las costumbres, hábitos y valores dominantes, se cuele por los espacios menos pensados. Lo cual, de uno u otro modo termina por manifestarse en determinadas situaciones y posturas políticas. El punto es muy importante pues, como regla, los dirigentes de la clase obrera no provienen de la misma clase sino de la pequeña burguesía (o de otras clases más altas). Y como más adelante lo veremos, este fenómeno llega a operar como un posible factor que empuja al fracaso de la revolución socialista.

Lo nuevo, no nace hecho. Siempre porta colgajos del pasado: “los muertos amarran y estrangulan a los vivos”. Un típico caso es el de los gustos artísticos. Por ejemplo, la música. Para prácticamente todos, las sinfonías de Beethoven resultan excelsas (a Lenin, vg., le apasionaban sus sonatas) y ningún “izquierdoso” respinga la nariz con tales criterios estéticos. Con lo cual, se nos olvida cómo el arte (el musical, el literario, el pictórico) no sólo expresa el alma del autor; también moldea las almas sobre las cuales recae el mensaje: que sepamos, nadie va a la guerra entonando las Cuatro Estaciones de Vivaldi.¹⁶ Pero, ¿cuáles eran las emociones que expresaba Beethoven en sus obras? ¿No eran acaso las emociones propias de la Revolución burguesa en Francia, que tanto lo conmovían? ¿Y no es acaso, justamente por su genio y notabilísima maestría que es capaz, su música, de provocar tanta conmoción? Pero, ¿de qué se trata? ¿De moldear el corazón de los hombres con las emociones burguesas –aunque sean las de Saint Just y Robespierre- o con las de la clase obrera en armas? ¿Jacobinos o “communards”? ¿Continuidad y salto o pura continuidad? Por cierto, el cambio de piel sólo puede tener lugar, como regla,

¹⁶ El juicio de Stalin es conocido: los artistas son los “ingenieros del alma”. En sí mismo, un juicio impecable. Otra cosa es que, a partir de él se haya intentado, coactiva y grotescamente, formar a esos “ingenieros” con cargo a pautas burocráticamente predeterminadas. El problema, fue bastante mejor entendido por Mao TseTung. Ver su Conferencias en el Foro de Yenan sobre el arte y la literatura. Con Mao coincidía Brecht: “no es misión del partido marxista-leninista organizar la producción de poesías como si fuera una granja avícola, pues de ser así las poesías se parecerían como un huevo a otro huevo (...). Tiene que preocuparse no del camino de la lírica, sino del camino de la humanidad, si quiere ganarse una influencia *productiva* en vez de administrativa sobre la lírica.” Cf. Bertold Brecht, “El compromiso en literatura y arte”, pág. 423. Edic. Península, Barcelona, 1984.

compartiendo la experiencia de la vida obrera.¹⁷ También puede ayudar la vida partidaria, cuando el partido de la clase funciona de determinada manera. Y en algunos contadísimos casos, el genio intuitivo y teórico puede ayudar a asumir el punto de vista de la clase sin que medie la experiencia directa prolongada. El tema es clave y más adelante volveremos a él.

La transición: enumeración de algunos problemas centrales.

La complejidad de la base económica y de la estructura de clases que de ella se deriva, torna especialmente arduo el camino a seguir. Apuntando a lo medular, podemos señalar:

a) Se trata de *conjuguar*, a nivel estatal y de las políticas (económicas, sociales, culturales), *el cúmulo de intereses clasistas en juego*. Los cuales, si bien tienen puntos de acuerdo, también son muy disímiles y contrapuestos. Es decir, contradictorios. Son, para el período, “contradicciones en el seno del pueblo” y deben ser tratadas en correspondencia a este calificativo. Pero siempre existirá el peligro de sobrepasarse y manejarlas como si fueran antagónicas.

b) En tal contexto de “conjugación de intereses”, hay también que saber *conservar la hegemonía de la clase obrera*, su papel dirigente. En otras palabras, la clase no debe perder el control del timón y asegurando que el rumbo (más allá de rodeos y retrocesos inevitables) sea el adecuado, a las metas del largo-largo plazo. Lo cual, también implica un supuesto: que *la clase obrera es capaz de dirigir*.¹⁸

c) Se trata de hacer avanzar el proceso en lo económico. Lo cual, en primer lugar y operando como condición *sine qua-none*, implica un *fuerte crecimiento económico*.¹⁹ Esto, en términos más concretos, supone: i) fuerte crecimiento de la productividad del trabajo; ii) como consecuencia, crecimiento del PIB por habitante; iii) fuerte crecimiento del salario real por hora trabajada; iv) mejorar drásticamente la distribución del ingreso. Y en un plano

¹⁷ No se entienda esto como una burda idealización de la vida obrera. No se trata del “obrerismo” que enarbolan los burócratas para justificar sus tropelías sino de una clase obrera que a sus condiciones materiales de vida agrega una conciencia social y política clara y coherente. En breve, de “la clase para sí”. Algo a lo cual también contribuyen, pesadamente, los dirigentes literarios y políticos que provienen desde fuera de la clase. La ruta es de ida y vuelta y la interacción es claramente dialéctica, en que “la idea” debe subordinarse (reflejar) a la base material que se pretende subvertir.

¹⁸ El fracaso de las experiencias históricas de construcción del socialismo también ha puesto en duda este supuesto de base. Para muchos, la clase obrera ha mostrado una gran capacidad para destruir las estructuras políticas y económicas vigentes y, a la vez, poca o nula capacidad para construir y dirigir las nuevas formas económicas y del poder político que reclama el nuevo orden. No es menos cierto que el esfuerzo por desarrollar esa capacidad no ha sido muy tenaz. Más adelante retomamos este problema.

¹⁹ En los últimos años, a nivel de la izquierda, especialmente de la “tercermundista”, han surgido algunas corrientes que recuerdan peligrosamente al irracionalismo romántico europeo (alemán en especial, el que se espantara con la revolución francesa y terminara por funcionar como antecedente del nazi-fascismo). En este caso, se alega contra el crecimiento económico y se trata de reivindicar las formas societales más atrasadas y que, por lo mismo, tienen más peso en los países más atrasados. Se despótica contra el “euro-centrismo”, contra el materialismo y el progreso. De fondo, se proclaman las virtudes del ayuno (físico y espiritual) y se reivindica al “buen salvaje” con el mismo espíritu, romántico y reaccionario, de Rousseau. Estos intelectuales confunden la crítica al consumismo burgués alienado con la propaganda, en el mejor espíritu franciscano, a favor de la pobreza. Bueno sería que le preguntaran a los pobres si están de acuerdo con esa prédica a favor del ayuno. De si están dispuestos a rechazar todos los electrodomésticos y seguir, las mujeres en especial, amarradas a las tareas domésticas. Las que, por lo visto, según esta perspectiva no son embrutecedoras sino fuentes de un excelso desarrollo espiritual. En suma, una prédica que envidiarían curas y feudales.

de orden más cualitativo, se trata también de lograr un desarrollo económico que posibilite una economía más equilibrada y autónoma. O sea, con un Departamento I (bienes de capital) fuerte y con un Departamento II capaz de satisfacer altos niveles de consumo. Por lo mismo, menos dependiente del exterior y con las bases de la acumulación y la reproducción económica del sistema, fincadas en su interior.²⁰

d) En lo económico, debe ir creciendo el sector estatal: esta es la forma jurídica que asume el socialismo en esta fase. Crecimiento, no olvidemos, que no se logra por la vía de una política de confiscaciones locas que incluso trata de absorber empresas medias y pequeñas, lo que amén de romper con las alianzas clasistas (punto a) da lugar a ineficiencias mortales. El objetivo es el control de los grandes centros de producción, allí donde el grado alto de socialización de las fuerzas productivas reclama y es coherente con la forma socialista de propiedad.

e) El sector económico estatal se puede calificar como socialista sólo si se cumplen a la vez dos condiciones: i) el Estado debe ser una institución controlada (dirigida) por la clase obrera; ii) los centros de producción (unidades económicas estatales) deben funcionar como unidades socialistas. Es decir, *deben estar sometidos al control y dirección obrera de sus actividades, a nivel de la empresa particular y al nivel de su conjunto.*

Por supuesto, no se puede esperar que requisitos como los señalados se satisfagan al cien por cien desde un primer momento. Lo que interesa es que, a partir de un piso mínimo, manifiesten una clara tendencia a su fortalecimiento. Algo que supone conflictos no menores y equivocaciones, pues se empieza a transitar por una ruta casi siempre desconocida y que, para nada, es un lecho cubierto con pétalos de rosas.

²⁰ Para nada se está postulando una economía cerrada, más o menos autárquica. Al revés, se debe exigir una amplia apertura externa, lo cual no equivale a dependencia externa.